

ME VOY AL CALLAO

De vuelta y vuelta (como dicen los náuticos) me mantenía yo a la vista del puerto haciendo ostentación de mi destreza, cuando un viento recio que sopló de improviso me hizo dar fondo con la nave donde menos lo pensaba. Quiero decir, que era yo uno de esos enamorados pisaverdes y veletas, para quienes no hay mujer que no tenga su pero, a pesar de que a cuantas ven tantas quieren, y que envuelto entre las damas me mofaba a mis anchas de la credulidad de unas, y de la sensibilidad de otras, cuando una que supo más que todas me atrapó en debida forma, y me hizo fijar en ella mi volátil imaginación.

Esto supuesto, me parece que nadie pondrá en duda, que soy casado y velado según los ritos de nuestra Santa Madre Iglesia. Mi esposa, que ahora se llama Julieta, y cuando la conocí doña Juliana, no es de aquellas hermosas que digamos; pero tiene un par de ojos (de lomillo matador como dicen los gauchos) tan negros y hechiceros que no hay más que pedir; una patita, que por vérsela sacar se puede caminar de luengas tierras; y un andandito tan gracioso que me ha dado, y me da, no pocos quebraderos de cabeza; pero sea dicho en justicia, creo prudentemente que no ha sufrido detrimento mi estatura desde que me casé, lo que es algún consuelo ciertamente para un hombre casado, y más si es pobre como yo. Los primeros días de nuestro matrimonio, fueron como los primeros días de todos los matrimonios; esto es, contemplaciones mutuas, mucho amor, nada de interés, y extensos y alegres planes para lo futuro. Entonces mi querida mitad no se hallaba un instante sin mí, y sollozaba, y hacía mil pucheritos cuando mis ocupaciones me obligaban a salir de casa. Todo lo compraba por mitades, porque decía que así daban buen mercado, y que era necesario ser económicos para dejarle algo a los hijos. Entonces todo su entretenimiento consistía en componerme la corbata, o sacudirme el vestido, y era tan poco callejera, que me costaba infinito que saliera a misa los domingos.

Hinchado como un pavo me tenía la posesión de una alhaja tan valiosa, y no la hubiera cambiado, ni por una presidencia, que es el bocado más apetecible en nuestras repúblicas nacientes; pero ¡oh inestabilidad de las cosas de este mundo! No habrán transcurrido seis meses de engreimiento y de ventura, cuando mi amada consorte ha dado al traste sus mimos, su recogimiento y su ahorrativa. Ya no hay diversión pública a la que no asista, y a la que no se presente de todo TECUM en contrapunteo con la más encopetada. Ya no escucha mis consejos ni mis súplicas, y lo más del tiempo se la lleva revoloteando por esas calles, como palomita de Santa Rosa, a costa de mi crédito y de mi bolsillo. Si va a Judíos a comprar seda o agujas, se pone zapato de raso nuevo y tan ajustado, que a la vuelta lo trae roto o destalonado, y por supuesto inservible. La media no se diga, ha de ser del día, y el pañolón de los más ricos y de moda. Si compra un traje, lo hace pedazos o lo regala antes de que lo cosan (que ella nunca cose) porque vio otro que tenía una pintita más de los mangotes); y si alguien le dice que en tal tienda lo hay más fino o de más precio, no para hasta comprarlo, rompiéndolo también si no se lo alaban sus amigas. Antes dejará el sol de salir que falte ella a la Ópera y a la Comedia; y como lo primero vale más, es lo que más le cuadra, aunque no por eso pierde la afición a lo segundo. Todas las mañanas se levanta muy temprano (cosa rara en limeña) a tomar leche y comprar mixtura en los portales; todas las noches da su paseo por el Puente, terminando la jornada donde ña Aguedita, con seis u ocho copas de helados y sus respectivos adyacentes. Para remate de fiesta, es tan afecta a camaradas, que mi casa parece un jubileo según entran y salen, y todas han de almorzar y comer a mis costillas,

sin que sirva de escapatoria no haber candela en los fogones, porque en tal caso se acude a la fonda o a las vendedoras que pasan por la calle. Rodeada de estas sanguijuelas, pasa mi señora todo el día con el cigarro en la boca, hablando de la última moda, de la milicia, (porque hoy están las mujeres muy metidas en la milicia) y de la vida y milagros de cuantas conocen y desconocen; y si yo la llamo o la distraigo por casualidad, desata Dios su ira y me pone de oro y azul a desvergüenzas.

Una de estas camaradas, (cuyo nombre me molesta recordar) se sacó ahora tres semanas una suerte de a ciento veinte y cinco, y después de conferenciar con su marido, que es tan pobre, o más que yo, sobre si comprarían criada, pondrían chocolatería, o harían un paseo con la plata, se decidieron por este último; y dicho y hecho, se mandaron mudar al Callao en donde están por mal de mis pecados.

Mi mujer, que como algunas de su sexo tiene mucho de envidiosa, no ha querido ser menos que ella, y desde que se fue no me deja resollar con la maldita cantaleta de llévame al Callao. En vano son reflexiones y cariños; esto es tiempo perdido. Todo lo que huelva a negativa la irrita y desespera, y le hace echar la casa abajo a gritos y reniegos. –Julieta, le decía yo el otro día en un rato que estaba la cosa en calma, ¿de dónde quieres que saque para esos gastos? tú sabes que mis entradas son escasas, ¿no te doy gusto en cuanto alcanzan? Entra en razón; no acibares mi vida con tus majaderías– Aguante usted, me contestó al momento poniéndose como una furia, aguante usted.

–Mira, Julieta... –¿Qué no es más que tener mujer? El que quiera celeste que le cueste. –¡Ya ves cómo está el tiempo! –¿Para qué se casó usted si no podía sostener sus obligaciones como corresponde?

–Tiene usted razón. –¿Por qué no lo vio usted bien antes de hacerlo?

–Tiene usted razón. –No da el que puede sino el que quiere. –¿Pero en qué te faltó yo? ¿no tienes lo necesario? –¿Qué me ha dado usted? ¿qué me ha dado usted?, (y esto me lo decía metiéndome las manos por la cara) ¿qué dirá quien lo oiga a usted? –¡Válgame Dios! Julieta, sosiégate. –Últimamente, no me venga usted con sermones: lo dicho, dicho. Dos mundos han de haber aquí si no me lleva usted al Callao.

–¿Quieres que por darte gusto salga con un trabuco a los caminos? –No sé nada, lo que quiero es ir al Callao, y haga usted lo que le parezca.

–Pero, ¿qué necesidad hay de estos paseos? –Estoy enferma, sépalo usted; las cóleras que usted me da, me tienen así, y si no me baño en el mar, me voy a caer muerta de repente. –¡Dios no lo permita! –Por otra parte, así como la ven a una así la tratan; dirán las gentes que soy una miserable, de mal gusto, y qué sé yo lo que dirán si no concurro a todas partes. –A muchas ha perdido ese modo de pensar. –He dicho que no oigo nada. Al Callao, al Callao, y basta de adfesios. –¡Ya me falta la paciencia! Escucha, Julieta. –Bien me aconsejaban que no me casase con usted. –¿Pero qué ha sucedido con mil santos? –¡Y yo tan cándida que lo fui a hacer, despreciando a otros que me querían tanto!

–Acabemos, Julieta, porque si no... –¡Pobre de mí! porque me ve usted sola me maltrata y me ... ¡Qué desgraciada soy! ¿Así paga usted el amor que le tengo?

Y aquí siguieron los jerimiqueos y torciditos, que tan bien manejan las hijas de Eva cuando les tiene cuenta.

A pesar del geniecito de mi mujer, confieso francamente que aún no me ha hecho perder la ilusión, y que me gusta más, llorosa aunque me engañe, que altiva con ingenuidad. Ella que conoce mi débil, porque para esto tienen las mujeres un olfato muy fino, me ataca por ese flanco y con un par de lagrimones me pone más blando que mantequilla, ¡así le sucede a tantos! No hubo, pues, remedio: terminado el diálogo que

llevo referido, salí de mi casa como un cohete, resuelto a llevar al Callao a mi Julieta, aunque tuviera que hacer por ella los mayores sacrificios; y escarba aquí, y araña acá, conseguí al fin algunos reales, con los que si Dios fuere servido, se pondrá manos a la obra. Cuando le comuniqué mi decisión no supo qué hacerse conmigo; me abrazaba, me besaba (es preciso acordarse que soy casado) me llamaba su amigo, su padre, su alma, su vida, su corazón, y qué sé yo qué otras cositas que tan dulcemente suenan al oído de un enamorado; ¡pobrecita! ¡estaba tan linda!... ¡Hombres! ¡hombres! mientras más viejos más muchachos. ¡Bien dijo quien dijo, que la mujer era el demonio! Concluido este acto, empezó a dar sus órdenes, y hacer los preparativos para el viaje.

Seis u ocho costureras han estado ocupadas muchos días en armarle los trajes, toneletes y camisones; de modo que mi casa ha parecido una sastrería en todos ellos. Ha hecho un acopio disforme de sombreros, cintas, alfileres, colores, olores, y qué sé yo cuántos otros cachivaches; y hasta las mamparas las ha quitado de su sitio para llevárselas. Paso por alto la tierna y larga despedida que ha hecho a sus camaradas, porque esto sería nunca acabar; baste decir que a todas les ha ofrecido mandar por ellas para que la acompañen unos días, y que, para ayudármela a querer, se lleva a dos de sus íntimas.

El coche y los carretones están ya en la puerta. Me voy al Callao. ¡Quiera el cielo que no se le ponga a mi Julieta volverse de la Legua! ¿Si seré yo solo quien tenga en Lima una mujer tan antojadiza y paseandera? ¡Quién sabe!